

# Por jóvenes y nuestros, no los olvidamos; no les dimos sepultura, sino que los alzamos a la altura de nuestro corazón

## La mujer en la lucha

El camarada, muerto

Ellas, proletarias: U.G.T.-C.N.T.

¿Hemos de permitir esto?

Ella lo recuerda todo. Dejaron la tierra natal para correr a ofrecer brazo y cerebro a la lucha del pueblo contra el fascismo. ¡Cuánta agua cortó la quilla del buque que los trató! ¡Cuánta ansiedad enhebraron sus ojos impacientes en los verdes torbellinos del Océano! Y cuando caía el crepúsculo humana flaqueza; aquel humedecerse los ojos al recordar a los viejecitos, a los hermanos, a los amigos con un murmurado adiós para siempre en los labios resecos. Y aquel heroico resurgir del espíritu, aquel casto gozoso renunciamiento a los más caros afectos, aquel reemplazar los nervios y tonificar el corazón en genérico holocausto. ¡Sumarse a la gran batalla! ¡Participar en el mayúsculo esfuerzo para aniquilar el despotismo y la barbarie! Colaborar con todas sus energías a la realización de un mundo nuevo. Precipitar la caída del capitalismo y construir la sociedad de productores. Implantar, por fin, el régimen del trabajo, la justicia y la libertad...

Ahí está ahora su compañero, muerto. Lo mató un antifascista, un nombre de la Revolución.

¡Fratricidio! ¡Traición!

Ella no lo sabe; no lo comprende. Había previsto que pudiera caer atravesado por las balas del enemigo; del enemigo del pueblo.

Los que luchaban no eran enemigos entre sí; eran trabajadores. Dicen que quien lo mató no es fascista.

Ella no puede comprender. Está sola con su tremendo dolor, debatiéndose entre las sombras del enigma.

El recuerdo penoso de los dos viejecitos que allende los mares esperan el regreso del hijo, se aferra a su memoria con persistencia desesperante.

Si lo hubiera matado un fascista... Pero así... ¡Así no!

Un doloroso sollozo la sacude toda.

Es el sollozo convertido en protesta trágica, de todas las mujeres cuyos hombres fueron inútilmente sacrificados en aras de intereses bastardos, de pasiones detestables, de ambiciones políticas de partidos.

Es la obra maestra de los eternos judas. ¡Piedras interpuestas entre las ruedas de la Historia!

...  
—Con que... tenemos Gobierno. Bueno, ya era tiempo.

—¿Gobierno le llamas a eso? ¡Si los trabajadores no figuran en él!

—¿Y acaso no fue siempre así?

—Mira, yo, como casi todas las mujeres, entiendo poco de política, pero a mí suelta hay una cosa bien clara: el ejército español antifascista está formado por trabajadores; son, pues, trabajadores los que luchan y mueren en los frentes. ¿Y qué nos producen todo lo necesario para vivir? Trabajadores también. Es decir, que tanto en la vanguardia como en la retaguardia, son trabajadores quienes se sacrifican para ganar la guerra. Y después de casi un año de sacrificios indecibles, cuando el enemigo está por caer vencido, cuál es la muestra de gratitud, cuál es el premio que se otorga a los trabajadores? La expulsión del Gobierno. ¿Qué te parece?

—Es una gran injusticia. Tienes razón. ¿Tú eres de la C.N.T.?

—Sí. Sindicato del Vestir. ¿Y tú?

—U.G.T. Sindicato. Fabril y Textil.

—Ya ves. La C.N.T. y la U.G.T. expulsadas del Gobierno. Otra vez como antes del 19 de julio. Todos dicen que se trata de una maniobra para llegar a un acuerdo con Franco. Los hombres que están hoy en el Gobierno no quieren saber nada de Revolución, a pesar de que algunos de ellos se dicen revolucionarios. No quieren que ganemos la guerra aniquilando al fascismo definitivamente y por completo, porque saben que después, los que hicieron la guerra, los que trajeron la victoria, pretenderán ejercer el derecho de darse un régimen político-económico nuevo, que les asegure el pan y la libertad. Este Gobierno es burgués. Pero el pueblo no lucha por defender los intereses de la burguesía. Van a traicionar al pueblo, ya verás. Si todos los trabajadores, com-

prendiendo el peligro, no se ponen de acuerdo para desbaratar los planes de la contrarrevolución, todo estará perdido. Dime la verdad, ¿sabes tú quiénes son los que manejan todo esto?

—Yo... Yo entiendo menos que tú. Pero creo que entre Londres y Moscú...

—¿Y hemos de permitir que asesinen inútilmente a nuestro pueblo?

—¡No! ¡Ahora más que nunca C.N.T.-U.G.T. ¡Hoy, como en octubre, contra los enemigos públicos y ocultos, contra los traidores de adentro y de afuera, «U.H.P.»

—«U.H.P.» contra el fascismo, contra la traición burguesa, contra los «oxostistas», por la Revolución Social!

...

Compañeras de la U. G. T. y de la C. N. T., hermanas obreras, madres de todos los trabajadores que luchan contra el fascismo, si no ayudamos a los héroes de la guerra y de la economía, si no hacemos la Revolución, otra vez serán perseguidos como fieras, otra vez serán torturados en las cárceles, otra vez tendrán que doblar las vértebras bajo el trabajo abrumador sin recompensa, otra vez tendrán que sacrificarse para llenar los bolsillos de los señoritos, mientras en vuestra casa faltará, como antes, hasta lo más indispensable.

¡Ayudémosles a hacer la Revolución!

## Sin reciprocidad no puede hacerse efectiva la revolución

Totalitarismo y absorción

La peor política revolucionaria es la de la absorción y del totalitarismo, es decir, la táctica de anular las diversas tendencias revolucionarias en beneficio de una sola. Es una táctica errónea, contraproducente, porque desperdicia fuerzas necesarias para la transformación revolucionaria, detiene el impulso creador y lleva fatalmente a una dictadura de partido o de grupo, que es siempre el naufragio de la Revolución.

Claro es que hasta ahora la historia de las revoluciones ofrece más ejemplos de absorción y dictadura de partido que de leal colaboración de tendencias, pero es verdad también que ese aspecto ofreció también su lado débil, lo que realmente no es revolucionario y creador, sino lo que consagra nuevos privilegios, erige castas gobernantes con todos los vicios de las antiguas, en suma, lo que debe ser desechado, precisamente después de haber realizado la experiencia con resultados negativos.

Es necesario, y ahí está, el gran valor de la experiencia que aquí estamos realizando, dar una vez el ejemplo positivo de un movimiento de transformación que no responde al programa exclusivo de un partido ni crea privilegios en favor de ninguna tendencia, sino que es resultante de las diversas fuerzas que intervienen en la lucha y que realiza lo máximo posible dentro de las circunstancias. Debe orientarse de ese modo el movimiento, no sólo porque es deseable que así sea para evitar los males de una dictadura, sino porque no se puede de otra manera obtener el triunfo. Se ha comprobado, a través de lecciones dolorosas, que ninguna organización, ningún partido en España puede por sí solo hacer la Revolución ni dirigir los destinos del país, reducidos, desde luego, a los partidos proletarios. En consecuencia, deben buscarse necesariamente el mutuo apoyo, un acuerdo sobre base común, un entendimiento para la acción. Significa eso que cada componente de las

grandes organizaciones proletarias debe renunciar a su predominio totalitario, aceptar modificaciones a su programa, eliminar aquellos que hagan imposible una leal colaboración de la organización hermana. Es vergonzoso hacer concesiones cuando se trata del enemigo de clase o cuando es un recurso oportunista para mantener una situación de privilegio. Pero cuando se está ante el magno problema revolucionario, cuando se sienta la responsabilidad histórica de un momento excepcional como el que vivimos, cuando es cuestión de vida o muerte el empleo de una táctica acertada y se tiene la absoluta convicción de que la única salida posible es la colaboración entre las tendencias proletarias, entonces lo honesto y realmente revolucionario es saber ceder del propio programa en grado suficiente para llegar a un acuerdo firme. Y lo absurdo, negativo y contrarrevolucionario es pretender absorberlo todo excluyendo a los demás que persiguen idéntico fin.

Saber hacer sacrificios, sin abandonar la línea revolucionaria, sin caer en oportunismo reformista, ha sido el ideal táctico en momentos como este. Pero, para llegar a un resultado positivo, para que no sea un simple juego político de concesiones aparentes, es preciso la más estricta reciprocidad en cuanto a los sacrificios ideológicos de cada tendencia. Así, los anarquistas, a través de nuestras organizaciones, la C. N. T. y la F. A. I., hemos llegado a lo máximo en materia de tales concesiones. Hemos admitido la colaboración en el gobierno como necesidad imperiosa de la guerra antifascista. Hemos entrado en organismos que repugnaban profundamente a nuestros métodos o ideología. Lo hicimos porque comprendimos que era necesario hacerlo, porque por encima de nuestras aspiraciones de partido hemos colocado los intereses del pueblo todo, de vencer el fascismo y hacer la Revolución, aunque esta Revolución no fuera cien por cien libertaria.

Hemos obrado y obramos, pues, con toda la comprensión y todo el sentido de responsabilidad que el momento requiere. Lo menos que podemos exigir es reciprocidad, es decir, que los demás partidos y organizaciones proletarias hagan lo mismo desde sus respectivas posiciones, abandonen prejuicios anticuados y se decidan a marchar por el camino que la Revolución impone.

No ocurre esto en la realidad. Los que están vitelados por largos años de política, entienden seguir *politiquenando*, aun a costa de la guerra y de la Revolución. Se vuelven al viejo y repugnante juego de las pequeñas conspiraciones, de los intereses de camarilla, de la absorción desleal.

Nosotros hemos llamado la atención sobre ese juego perverso. Decimos una vez más que hay que volver a la senda recta de la colaboración leal, no para el reparto de posiciones, sino para crear un nuevo orden de cosas, para avanzar firmemente por el camino de la Revolución. De no hacerlo así, de no renunciar los grupos políticos a los viejos métodos de absorción y de escamoteo, nos consideraremos relevados de nuestros compromisos y defendemos los intereses del proletariado todo, por nuestros propios medios.

Sería lamentable llegar a ese extremo, romper la alianza antifascista en momentos tan difíciles, pero no será sobre nosotros, los anarquistas, que ha de recaer la responsabilidad de tal hecho, pues hemos dado sobradas pruebas del espíritu de colaboración y de sacrificio ideológico.

Reflexionen aquellos que se niegan a la reciprocidad y no quieren ceder nada de su posición partidista.

## Los que ayudan

La Organización Antifascista Española de ayuda a la República Española, en Marsella, sigue trabajando con entusiasmo entre los elementos afines del Sur de Francia.

Después de haber remitido pequeños, pero numerosos envíos de ropas y víveres que fueron repartidos a los Comités correspondientes (Ajut Infantil, Refugiados, etc.), acaba de enviar al Comité Central de Coordinación «Cococoo», para su reexpedición a Madrid, seis toneladas de azúcar y diez toneladas de patatas, que saldrán a principios de semana para la heroica capital, por mediación de la Comisaría de Transportes de Guerra.

## DESMENTIDOS

# No puede haber abrazo de Vergara

En estos días se ha hablado en las salas y en los cafés, se ha discutido en los talleres y se ha comentado en la Prensa, acerca de unas posibles negociaciones entre elementos de la burguesía liberal española y del capitalismo fascista que se dice nacional. Se ha hablado... y en eso nadie nos puede pisar la capa.

Pero vayamos a lo concreto. Se atribuyen esas intenciones a algunos o a todos los miembros del nuevo Gabinete transitorio — pues sólo tal carácter podemos asignarle. — Nosotros, por el contrario, pensamos que esos señores no dejan de tener su inteligencia y su picardía y que, desahuciados desde su nacimiento por las masas proletarias, necesitan de algún hecho que les dé relumbrón, que justifique su origen antiobrero, que les asegure un poco de esa confianza popular que tanta falta les hace para sobrevivir unos días más. NECESITAN UNA VICTORIA, y como las posibilidades de esa victoria han sido abonadas por el empuje de nuestros milicianos, que en el Centro, en Andalucía y en Aragón están inactivos por falta de órdenes y sólo esperan el momento de atacar a fondo, es de buen sentido suponer que por las necesidades de la contienda, como por el deseo de un nuevo Gabinete en afianzarse, esto tratará momentáneamente de impulsar la guerra y no de aplacarla.

Se argumenta que se trata de reformas, de hombres vinculados al capital y con acciones en fuertes empresas por ahora colectivizadas, que hay hasta católicos y que en general son todos políticos y por definición propensos a cualquier tránsito de las que nos tienen acostumbrados la historia de la

## El proletariado internacional por la unidad

Un telegrama

Córdoba-Argentina.  
Sindicato de mozos y gaceros, asamblea, saluda a los trabajadores C. N. T. y U. G. T. fraternalmente, augurando victoria. — Sierra.

política. Precisamente por eso son nuestras dudas. ¿Qué es el político? No un lirico, sino un práctico; un pulsador de los anhelos y de las debilidades colectivas, un hombre que sube navegando en dirección de la corriente o sentarse en un leñote y esperar, esperar a que llegue su hora. Si ante el auge de las masas proletarias luego del 19, los políticos de la izquierda burguesa se hubieran exaltado, cegando su visión y arrojándose desesperadamente contra la corriente, hubieran desaparecido definitivamente; en cambio, mezclaron su voz en el tono de las voces populares, se vistieron con el «uniforme» de los proletarios, esperaron. Y esa espera a que las masas debilitaran su tono combativo u olvidaran muchas cosas de un pasado próximo, les valió la conquista de las posiciones que transitoriamente ocupan.

Los políticos, hombres generalmente concededores del ambiente de la calle y los talleres, saben que el proletariado español, que el pueblo antifascista, que los milicianos, no permitirían que su sangre y su esfuerzo fuera a dar en una comedia diplomática. Por eso, la repetición del famoso abrazo, sólo puede tomarse como un globo de ensayo, lanzado por los agentes exteriores de Franco y sus cómplices, ya para sembrar confusión con el debate, ya para ver si era posible alguna salida a la situación apremiante que día a día va agotando a las heterogéneas fuerzas fascistas.

Como prueba, ya se pueden dar por satisfechos los interesados: nuestra voz encontró eco en el pueblo, la Prensa, casi sin excepciones, se pronunció categóricamente, y no fueron necesarias acciones profundas para que voceros autorizados del Gobierno central y sus mismos ministros afirmaran rotundamente que están dispuestos a llevar a término la gran ofensiva que la crisis planteada suspendiera y que no darán el salto al fuego sino luego de desalojar al invasor. Las palabras concretas, terminantes de los accidentales miembros del Gabinete implican un compromiso de tal magnitud, que, por ahora, toda duda debe desvanecerse.